

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas Modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó

de Crochet. Precio de la suscripción 6 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—Casino Gaditano.—Estaban verdes. Historia de unos amores, por D. Agustín Bonnat, conclusion.—A mi bajel, poesía.—Gergológico.

CASINO GADITANO.

Socorros domiciliarios.—Baile en los días de S. M.

Cádiz se ha distinguido siempre por su caridad, por su cultura y por su galantería; rasgos que si bien no son exclusivamente suyos, porque esa fuera pretension insensata, caracterizan, digámoslo así, su fisonomía moral. Por eso sus ayuntamientos, por eso sus corporaciones públicas y particulares no creen que celebran dignamente esos días de clásica solemnidad civil, política ó religiosa si no hacen partícipes de ella al pobre y al desvalido, si no tienden hácia ellos una mano generosa, si no hacen llegar hasta su humilde morada los beneficios de la limosna santificada por el espíritu de caridad.

El Casino gaditano, esa brillante y culta sociedad, que tan legítimamente representa á la población en que radica y de la que es uno de los mejores ornatos, quiso ser intérprete fiel de sus sentimientos al proponerse solemnizar los días de nuestra augusta Reina, y al efecto acordó que comisiones de su seno, de acuerdo con los Sres. Curas párrocos respectivos, pasasen á distribuir socorros domiciliarios entre las personas y familias mas necesitadas, habiendo escogitado este medio como el mejor para lograr que los dones consagrados á tan santo fin tuviesen una aplicación mas eficaz y mas segura. Así se hizo en efecto entre las bendiciones de los socorridos y entre el aplauso de la población entera, que vió en semejante rasgo un nuevo motivo

de encomio y una prueba mas, sobre las muchas anteriores, del desprendimiento, del celo, y hasta de la abnegación con que los señores socios del Casino han acudido siempre al remedio de todas las desgracias privadas como al de todas las calamidades públicas.

En efecto, vivo está aun el recuerdo de su conducta durante la epidemia del cólera en 1854. Entonces con espléndida generosidad en todos, con inminente riesgo de sus personas en muchos, se organizó aquella diaria distribución de alimentos en varios puntos, centros de los barrios mas infestados, y allí con sus propias manos repartían aquellos hasta quinientas raciones entre los pobres provistos del documento que acreditaba su necesidad, acompañando esta limosna con esas palabras de cariño y de consuelo que centuplican su valor á los ojos del que la recibe. Cosas son estas que no se olvidan nunca, porque están en el corazón de todos, y porque ellas bastan á hacer la apología de un pueblo entero.

Llegados que fueron los días de S. M. la Reina, y deseoso el Casino de celebrarlos dignamente, comenzó por consagrar su primer acuerdo á la ejecución de una obra benéfica, bien así como el segundo á un objeto propio de su galantería acendrada. De este surgió el baile que tuvo lugar aquella noche en sus bellísimos salones, y del cual vamos á dar alguna breve noticia.

El patio, habitualmente adornado con sus caprichosos y lindos papeles chinoscos, con sus ricas columnas de mármol, con la agradable perspectiva de la balaustrada que circuye las espaciosas galerías que lo coronan, había sin embargo recibido un nuevo exorno. Un magnífico pabellón formado de telas transparentes alternadas de azul y blanco se desprendía casi desde las azoteas, viniendo á terminar en las claves de los arcos, en cuyo punto otros pabellones encarnados se cruzaban.

ban sobre las columnas, donde se recogian y aseguraban por medio de guirnaldas y coronas de flores naturales. Grandes festones de tela blanca formando globos ó buches estrechados por anillos de flores pasaban de un intercolumnio al inmediato, y otro círculo, tambien de flores, unia las anchas fajas del pabellon central, cerrando este de allí hasta la parte superior en forma de graciosa cúpula. Multitud de arañas y de lámparas, cuyos cordones estaban envueltos en bandas de tarlana de varios colores, reflejaban sus brillantes luces sobre la alfombra blanca y roja que cubria el pavimento. Veíase tambien alfombrada la escalera principal, y cubiertos de flores sus barandajes.

Sabido es que el adorno de las habitaciones altas del Casino es tal que no ha menester ni pudiera conllevar mayor que el que tiene. Poco pues era necesario hacer allí para la organizacion de este baile, y eso poco fácilmente se hizo. La orquesta se situó en una de las galerías laterales donde, sin ocasionar embarazo alguno al tránsito, estaba en excelente condicion para dejarse oír, no solo en los salones sino en el patio; sitio muy preferido para bailar por la mayor holgura que permitia, no menos que por prestarse mejor á la visualidad, dominado como está por el balconage del entresuelo y por los corredores del piso principal.

A las diez de la noche, hora designada en las esquelas de convite, comenzaron á ocupar sus asientos las damas. El lujo, la elegancia, la gracia, la hermosura y el buen gusto rivalizaban á porfía en aquellos espléndidos salones alumbrados por torrentes de luz y embalsamados con el perfume de las flores. No hay que decir, puesto que se habla del Casino, que la reunion era escogidísima, y si no fué tan numerosa como otras veces, efecto de causas que se comprenden bien, era sin embargo la muy bastante á producir toda la animacion necesaria, todo el esplendor apetecible en un baile; en el que podia contarse con que los mas no abandonarían su puesto temprano, segun acontece en otros donde compromisos sociales fuerzan á muchos á concurrir solo por llenar un deber de cortesía, cumplido el cual se retiran á sus casas.

La orquesta dió bien pronto la señal de movimiento, y sabido es que la orquesta en un baile es el gran elemento eléctrico que pone en accion á la juventud. La americana danza, que respira en todos sus compases y

movimientos amor y languidez, esa danza, que sin duda debió de ser inventada por dos amantes, alternaba con la bulliciosa polka y con el culto, mesurado y aristocrático rigodon, con ese rey de los bailes de la buena sociedad. Nuestras lindas gaditanas nada desdénaban, y si de vez en cuando consultaban sus elegantes y microscópicas targetas, prendidas acaso en algun lazo de su corpiño, no era ciertamente para escojer este ó aquel baile, sino para establecer ó recordar el orden de prioridad entre los jóvenes que habian solicitado y obtenido la merced de ofrecerles su mano para la próxima tanda, y consiguientemente su brazo para pasear hasta que otro viniese á reclamar sus derechos por otro cuarto de hora.

En los intermedios, gran número de criados vestidos con la brillante librea del Casino, servian á los concurrentes sorbetes, refrescos, dulces, pastelillos y suculentos emparedados, á los cuales omitimos dar su genuino nombre inglés, porque así se nos entenderá mejor, y porque además no tenemos pretension alguna á la erudicion gastronómica.

Todo fué pues en este baile buen gusto, cultura, animacion y decorosa franqueza. Fué digno en suma de Cádiz y de los señores socios de su Casino. Bien sentaba además por la noche el blanco guante sobre aquellas manos que por la mañana habian llevado el consuelo y el auxilio á la pobre mansion de la indigencia, sobre aquellas manos que pocas horas antes habian sido regadas por las lágrimas de gratitud del desvalido y del enfermo. No se olvide esto jamás, como no se ha olvidado ahora. La conciencia de las buenas acciones es la que presta purísimo esplendor á los honestos solaces del mundo.

Muy avanzada estaba la noche y todavia la concurrencia era casi tan numerosa como al principio, apareciendo ya no lejanos los primeros albores del nuevo día cuando se retiraron las últimas personas. Todas dejaron con pena aquel sitio, llevando un agradable recuerdo de horas tan deliciosamente transcurridas, no menos que una profunda gratitud hácia aquella galante sociedad, en la que la amable cortesania compite con el buen gusto.

Al dar las gracias por este baile á los señores socios estamos seguros de no ser solo intérpretes de nuestros propios sentimientos, sino de serlo asimismo de los de las damas que á él asistieron, por mas que ninguna de ellas nos haya autorizado para tanto. Sin embargo, como redactores de un periódico con-

sagrado al bello sexo y defensor de sus intereses, tomamos sobre nosotros la responsabilidad de ser órganos suyos en una cuestion en la cual no corremos riesgo de ser desmentidos.

F. F. A.

ESTABAN VERDES.

HISTORIA DE UNOS AMORES.

(Conclusion.)

El resultado fué que ya casi al anochecer, la fámula salió y devolvió á Tomás su misma carta diciéndole:

—Mi señorita la ha leído y aquí está la respuesta.

Tomás la cogió azorado y alargó una moneda á la mensajera.

—Vamos, que no tiene V. mala suerte, dijo al despedirse, que mi señorita Fernanda vale mas que la otra.

—Se la ha dado V. á Fernanda? preguntó Tomás entusiasmado de pensar que era lo que él hubiera querido, aun cuando no se hubiera atrevido á hacerlo.

—Naturalmente.

—Oh! fortuna.

La criada se despidió.

Tomás vió luz en una casa de vacas y se entró á leer la contestacion.

Abrió la carta sin reparar en el sobre, tendió los ojos por el papel, y oh horror! quedó helado; era su misma carta.

—Razon tenia yo, se dijo á sí mismo, cuando preferia á Flora, y esa mujer se la ha dado á la otra, de quien yo me esperaba este sofion, oh desgracia!

Tomás se fué á su casa loco de ira, habia perdido una famosa ocasion, como quizás no encontraria otra, y todo por la torpeza de una criada, era atroz.

Por eso estuvo toda la noche acariciando una pistola.

V.

AQUEL AMIGO.

Sin embargo no se tiró, hizo bien.

Por la tarde fué al Prado á observar el efecto que su carta habia hecho, y se encontró al amigo que tan intimas noticias le habia dado de Fernanda y de sus padres.

—Hombre, me alegro encontrarte, dijo el amigo, porque te daré una noticia agradable.

Tomás creyó que el futuro de Fernanda sabia lo de la carta.

—Es referente á las niñas de Rodés.

Pues cuenta: dijo Tomás pálido como un cadáver.

—Aunque tú no me lo has querido decir, sé que te gusta mucho Flora.

—Es verdad, dijo Tomás maquinalmente.

—Y no tendrás ocasion de verla?

—Ninguna.

—Y si yo te proporciono una?

—La acepto, replicó Tomás que vió el cielo abierto.

—Pues entonces vendrás conmigo á un baile donde van.

—Iré.

—A las once estoy en tu casa.

—Corriente.

Tomás se creyó el ser mas feliz de la tierra.

VI.

EN EL BAILE.

A las once y media de aquella noche Tomás Saavedra, presentado por su amigo, entraba en los salones del conde de Z.

Infinidad de mujeres á cual mas hermosas, se destacaban unas de otras, sin por eso perjudicarse, como las estrellas en el cielo.

Tomás á la primera vuelta vió á las dos hermosas como dos luceros.

Ninguna de ellas le dirigió la vista.

El lo creyó casualidad, pero como siempre que pasaba le sucedia lo mismo, le pareció que para casualidad era demasiado.

Entonces recurrió á una treta.

Se nos ha olvidado decir que Tomás estaba en la carrera diplomática.

Sacó á bailar á Flora para sonsacarla acerca de lo de la carta.

A las tres vueltas de polka Tomás no se acordaba de la pistola, y empezó á hacerla una declaracion amorosa en regla.

—Gracias, caballero, ya no quiero bailar mas; dijo la niña con mucha y maligna intencion.

—Señorita, sentiria haberla ofendido á V. con mis palabras, dijo Tomás muy turbado.

—Ha debido V. conocer antes de empezar que si mi hermana no ha querido leer su carta de V. no estaba yo aquí para suplirla.

Tomás se quedó tan helado, que soltó maquinalmente á su pareja.

Flora se fué á buscar á su hermana y le estuvo contando lo ocurrido.

Tomás oyó una carcajada que le llegó al alma, cogió el sombrero y se fué sin despedirse de nadie.

Al llegar á su casa se tiró en una butaca y volvió á acariciar su pistola.

No os asustéis; no se tiró.

Dos calabazas en 24 horas no matan á nadie; mucho menos cuando el corazon no está interesado en el lance.

Sin embargo á Tomás no se le ha olvidado; si

os lo encontrais y hablais de amores os referirá su historia tal como á mi me la contó.

Con sus mismas palabras os la he contado.

Si no os gusta, peor para Tomás, serán tres calabazas en vez de dos.

AGUSTIN BONNAT.

Madrid: Marzo 1856.

A MI BAJEL.

Bajel mio, bajel mio,
¿á dónde vas tan incierto
por ese mar tan sombrío,
tal vez próximo á un bajío
cuando hallar quieres un puerto?

¿A dónde tu presuncion
te lleva en las encrespadas
ondas del mundo turbadas,
abandonando el timon,
y las velas desrizadas?

Vuelve á la tierra querida,
al puerto seguro vuelve;
no adelantes por mi vida
en la mar desconocida
que contra ti se revuelve.

Huye de tan tristes seres,
de tan pérfidas sirenas,
cuyo acento, si lo oyes,
solo ofrecerá placeres,
dando solo llanto y penas.

Huye y sírvate ejemplar
de tu experiencia el rigor;
mira que vas á encontrar
un desengaño mayor:
que es todo engaños el mar.

Mas mi aviso despreciando
y mis voces desoyendo
vas dobles velas soltando
con los vientos batallando,
con las olas combatiendo.

Y ya en alta mar te miro
que sin brújula segura
corres en revuelto giro,
desdenando mi suspiro,
y flotando á la ventura.

Vuélvete y no pongas mas
tus ilusiones á pruebas;
que en los balances que das
conozco que perderás
cuantas ilusiones llevas.

Que es absoluta ignorancia
con buena fé caminar
por el mar de la inconstancia:
¿qué te sirve tu arrogancia
si eres honrado en el mar?

¿No sabes tú que importuna
al de buena fé y le mata?
Entre esas ondas de plata,
¿no sabes que la fortuna
reservada está al pirata?

Él es el rey de los mares;
tú esclavo de mares eres:
perderás cuanto intentares.
El solo hallará placeres;
tú solo hallarás pesares.

Ay! que en alas del deseo
sigues por el mar infiel:
no se cumpla lo que creo;
y ojalá que con trofeo
vuelvas al puerto, bajel!

IRUZU XILEFED-AGA.

CADIZ: 1856.—Imprenta de la Revista Médica.

